



Creemos redes de comunicación y encontrémonos, eso es todo

Fernando Gómez Aguilera

Sabemos que estamos inmersos en un proceso de mundialización muy potente económicamente, pero débil política y socialmente. Una dinámica que acentúa la fractura entre los países ricos y los países pobres (Argentina –la obediente discípula del FMI– ha sido la última víctima sonada), a la vez que se polarizan las desigualdades en el interior de los propios países ricos, como ha constatado Joseph Stiglitz en su último libro *El malestar de la globalización*: “la brecha entre los pobres y los ricos ha aumentado e incluso el número de los que viven en la pobreza absoluta –con menos de un dólar por día– ha subido”. El bienestar de las sociedades, la justicia social y la democracia no se mundializan, en una era imperial dominada por la lógica de la economía, la ética de la indiferencia y la homogeneidad ideológica.

No es de extrañar, pues, que no hace mucho tiempo Umberto Eco señalara que “ningún novelista puede imaginar algo más terrible que la verdad”. Esa verdad atroz es la de 5.000 millones de excluidos –de ellos, 1.200 millones de personas viven con menos de un dólar diario y 2.800 millones, con menos de dos dólares al día–, pero también, la del modelo de nuestra realidad, en buena medida expresado, no hace muchos meses, por el expresidente de la Elf, en medio del escándalo: “el que quiera jugar a la moral, ningún problema, pero negocios y moral son incompatibles”. Una afirmación insolente y estremecedora, cuyo alcance ominoso no se hace esperar: habida cuenta de que el mundo contemporáneo está gobernado por los negocios, es el tiempo de la inmoralidad y la injusticia generalizadas. En fin, una época, asimismo, marcada por la opacidad y desplazamiento de las grandes decisiones públicas mundiales, cuya competencia se arrojan los países más ricos localizándola en estructuras financieras y económicas no democráticas que vacían la

*La oportunidad
de estimular y
articular un
amplio
movimiento
social de
análisis, evalua-
ción crítica a los
mecanismos
económicos que
están en marcha*

soberanía, como sabíamos y ha confirmado Stiglitz: “En los problemas del FMI y las demás instituciones económicas internacionales subyace un problema de Gobierno. Quién decide qué hacen. Las instituciones están dominadas no sólo por los países industrializados más ricos sino también por los intereses comerciales y financieros de esos países, lo que naturalmente se refleja en las políticas de dichas entidades”. Y condicionada, sin duda, por la tiranía que ejercen los sistemas de información/propaganda, conformados como auténticos instrumentos de poder, dominio y ocultación, al servicio de una realidad opaca en medio de un creciente éxtasis de comunicación vacía de saber real, que disocia causas y efectos y practica continuamente la violación de las palabras y la manipulación del lenguaje, contribuyendo a reforzar el control de la opinión pública.

*Para
mundializar los
derechos
humanos, la
democracia, el
bienestar y la
justicia social y
ambiental*

Pocas dudas caben sobre la oportunidad de estimular y articular un amplio movimiento social de análisis, evaluación crítica y respuesta a los mecanismos económicos que están en marcha, para que el futuro de Europa y del mundo no sea tan desolador. Oponer al discurso unilateral de los *amos del mundo*, comandados por EE.UU, una fuerza planetaria de unidad y resistencia civil, que identifique su primer nivel de organización y acción en la escala local. Una fuerza y un discurso alternativo, como está planteando el movimiento antiglobalización, en su diversidad, contradicciones y complejidad, que aproveche las potencialidades de la tecno-ciencia y la sociedad de la comunicación para mundializar los derechos humanos, la democracia, el bienestar y la justicia social y ambiental. En fin, un rearme intelectual –de valoración adecuada y respuestas simétricas– y ciudadano; esto es, la recuperación de la política frente a la economía. Respuesta social y respuesta cultural –la formación de un *intelectual colectivo*, surgido de la cooperación entre intelectuales y movimientos sociales–, esta última a partir del reconocimiento de que la asepsia y la inhibición pública amparada en la objetividad científica son, en no pocas ocasiones, formas encubiertas de censura cívica y de soporte tácito *al statu quo*.

En el umbral de ese escenario emergente, la resistencia en la calle discurre paralela a la incipiente organización ciudadana en redes locales y a la construcción ideológica de un nuevo discurso que asume la lógica de la complejidad –porque “el futuro será de quien conciba adecuadamente lo mixto, lo complejo y lo heterogéneo” (Daniel Innerarity)– y toma como referencia última la escala planetaria, la configuración de un internacionalismo solidario de

nuevo cuño, una ética cosmopolita (Francisco Jarauta), consciente de que su proyecto es el de un mundo de redes de diferentes vinculadas en torno a la proximidad, susceptibles de integrarse en *redes mundiales de diferentes asociados*, como recordaba Vidal-Beneyto: “no la norteamericana aldea global de McLuhan, sino millones de aldeas reales y distintas, globalmente accesibles y presentes”. El giro hacia la responsabilidad colectiva, facilitado por mediaciones sociales, asociativas y culturales más estratégicas y generosas que disueltas en la ideología, está llamado a construir nuevas condiciones colectivas para el impulso de la contestación y la exploración de formas inéditas de *governance* y de redistribución solidaria de la dignidad de vivir, sin perder la referencia de que la diversidad es riqueza compartida antes que fuente de legitimación de privilegios o de exclusiones.

Si se trata de desactivar el ideal de los regímenes autoritarios y los monopolios, “creemos redes de comunicación y encontrémonos, eso es todo”, según expresión del zapatista Marcos. La posibilidad, pues, de ese encuentro activo y de un nuevo horizonte social y político se apoyará y contribuirá a generar confianza colectiva; a tomar el ámbito local como territorio donde satisfacer las necesidades propias y colectivas, mientras que, simultáneamente, resulta imprescindible acometer acciones de cooperación supralocal para acceder a los recursos y la producción de bienes –autonomía e interdependencia simultáneas–; a poner en valor, frente a las mercancías, el capital social, a través de la participación, la deliberación abierta, la corresponsabilidad en las decisiones y el poder compartido en lo que concierne a los asuntos públicos; a asumir como fórmula de *governance* la democracia compleja –política, social, cultural y económica–, abierta y en constante construcción; a apelar a la creatividad como propósito y recurso permanente de cara a configurar la realidad socio-política que plantea nuestra época; y, en fin, a regenerar el espacio de la ética pública y privada. Sin duda, todos y cada uno de estos factores constituyen desafíos esenciales en lo que concierne a construir el pensamiento y la acción solidaria de nuestra época, y, en definitiva, a cambiar el signo de la globalización.

Somos pasajeros de un época despojada de sujeto histórico (rebeldías) para protagonizar la esperanza, colonizada por la metástasis del consumidor pasivo. No obstante, lentamente se extienden prácticas y discursos que buscan la posibilidad de otro mundo. Percibimos que permanecer sin proyecto de emancipación, sin

Permanecer sin proyecto de emancipación, sin horizonte utópico frente al proclamado fin de la historia, es un suicidio civilizatorio

horizonte utópico frente al proclamado *fin de la historia*, es un suicido civilizatorio. Consolida la unilateralidad y la injusticia en el mundo. Cuando Ignacio Ramonet escribió en diciembre de 1997 su artículo “Desarmar los mercados” –inspirador del movimiento anti-globalización– y sólo seis meses más tarde fundó la ONG ATTAC (Acción para una Tasa Tobin de Ayuda al Ciudadano), aisló dos problemas centrales: la necesidad estratégica de proponer una respuesta económica de escala global al verdadero adversario, la arquitectura financiera mundial (OMC, BM, FMI y OCDE), identificado como tal a partir de Seattle; y la localización de la contestación en el ámbito de la sociedad civil, de una conciencia ciudadana colectiva, que incluye entre sus principios básicos el ideal de movilizar las voluntades sin confundir las conciencias.

Así, el sujeto histórico emergente apunta a reconocerse en el espacio de la nueva ciudadanía –y hacia el futuro, en la formación de democracias participativas, complementarias y no sustitutivas de la democracia representativa–, ocupada en desarrollar un proyecto social y cultural que corrija y evite los desajustes y perversiones en curso. Como ha recordado Václav Havel, el elemento fundamental y más legítimo de la democracia es la sociedad civil, cuya fortaleza y pleno sentido descansa sobre tres pilares: las asociaciones privadas voluntarias, la descentralización del Estado y la delegación del poder político en entidades independientes ciudadanas –esto es, la redistribución del poder y la corresponsabilidad–.

Mientras tanto, episodios del tipo del protagonizado por los *piqueteros* en Argentina apuntan, en el marco de la crisis de los sistemas democráticos clásicos, al nacimiento de fenómenos como el que ya se conoce con el nombre de *emergencia de los invisibles*. Todo un síntoma de los mares de fondo y las reivindicaciones de pan y dignidad que la injusticia generalizada, la corrupción, la ineficiencia política y el yugo de los organismos económicos internacionales puede poner sobre la mesa incontroladamente, en una dinámica imprevisible, a la que ha de sumarse no sólo la tendencia dialéctica de los Estados occidentales a limitar las libertades civiles, tras el 11-S, sino también las acciones terroristas de alta y baja intensidad como forma de confrontación o reivindicación frente a los gobiernos. Un nuevo escenario de conflicto en el que la violencia incontrolada y arbitraria se abate sobre la sociedad civil, mientras parece generalizarse, en diversos formatos, –manifestándose como rasgo de época–, complementando la violencia tradicional de los Estados. Reacciones impulsadas, en buena parte, por los excluidos,

Se trata de abordar la reconstrucción, recuperación y reorientación de la democracia en la perspectiva de la democracia ciudadana

los miserables, los sojuzgados, que conectan con las condiciones extremas de vida, los límites de la supervivencia y la injusticia social, provocando ya miles de muertes y creando polvorines sociales aquí y allá que ponen en riesgo la seguridad y mueven a los gobiernos a militarizarse y a impulsar políticas restrictivas que amenazan las conquistas históricas de libertad, como está ocurriendo en Estados Unidos.

La reformulación de la democracia, en el nuevo contexto sociocultural de las sociedades avanzadas y la crisis del Estado del bienestar frente a la privatización, la desregulación y los criterios de eficacia –tan controvertidos– del modelo neoliberal, conduce a la revisión del papel de los ciudadanos y a reflexionar sobre las potencialidades de una nueva ciudadanía que participe directamente en la gestión y configuración de su propio entorno y recupere su capacidad de decisión, mediante fórmulas regladas, aún por diseñar. Una operación que conlleva, correlativamente, la redefinición del papel y las competencias formales de los representantes políticos, del papel de los Estados –y otros escalones de la Administración–, y de la forma de los cauces de expresión de la concurrencia pública. En fin, se trata de abordar la reconstrucción, recuperación y reorientación de la democracia en la perspectiva de la democracia ciudadana: debatir y reconfigurar los ámbitos y dinámicas, no de la escucha o la interlocución, sino del poder de decisión y, mientras tanto, de las estrategias sociales y políticas que orienten el proceso.

Ciertamente, se trata de invertir la tendencia a la tecnificación y reducción de la democracia estimuladas por las prácticas de gobierno neoliberales norteamericanas desde comienzo de los setenta, como respuesta a un tiempo histórico en el que las demandas y la contestación sociales apuntaban la emergencia de sistemas sociales complejos. Fórmulas y actitudes que han profundizado en el proceso de *extrañamiento de la política*, esto es, en la sustitución del poder del Estado por el poder del mercado y de las empresas, al tiempo que se reducía el ámbito de participación de la ciudadanía. Un proceso que está objetivado. Tras las explosiones sociales de finales de los sesenta, en 1973 la Comisión Trilateral, creada por Rockefeller y otros grandes empresarios de EE.UU., Europa y Japón, encargó a tres expertos universitarios un informe sobre los problemas de gobernabilidad de los estados. Sus análisis se recogen en el estudio titulado *Crisis de la democracia. Informe sobre la gobernabilidad de las democracias*, publicado en Nueva York en 1975. En un artículo reciente, José Vidal-Beneyto, director del

Un paisaje en el que la política aparece como víctima y el mercado y las demagogias populistas o de cualquier otro tipo, como beneficiarios

Lo político en buena medida está secuestrado por la maquinaria partidaria y corporativa de la política profesional

Colegio de Altos Estudios Europeos de París, resumía cuáles fueron sus conclusiones: “Su tesis parte del hecho de que las expectativas sociales de los ciudadanos y sus demandas al Estado han aumentado considerablemente, mientras que la capacidad y los recursos de éste para satisfacerlas han disminuido, lo que genera frustración y rechazo. En una perspectiva más general, el *Informe* sostiene que la crisis política de las sociedades desarrolladas se debe a la aceleración del progreso tecnológico y a la complejización de su entramado social, condiciones a las que la gestión pública es incapaz de dar respuesta suficiente. Por ello, predicar una mayor participación de los ciudadanos en la vida política y exigir mayor responsabilidad y protagonismo al Estado, lejos de hacer más gobernables nuestras democracias, agrava sus deficiencias. De aquí que la solución consista en disminuir la participación ciudadana, en tecnificar la conducción de la sociedad y en confiarla a los actores sociales [...] y a unas pocas instituciones”. Aquellas propuestas salidas del laboratorio de ideas políticas de la Trilateral hace algo más de un cuarto de siglo son hoy ideología, dogma y práctica generalizada en el mundo desarrollado. Invertir la dirección de esta concepción, consolidando el papel de la ciudadanía, es el desafío del presente.

Hoy, el modelo dominante pugna por adelgazar la capacidad de intervención de los estados transfiriendo importantes espacios de decisión al difuso transnacional y a organismos económico-financieros internacionales de naturaleza no democrática (OMC, FMI, Banco Mundial...). Un paradigma mundial de vampirización y encriptamiento de la política que se sustenta, para imponerse, en “una construcción ideológica que justifique su existencia y legitime su ejercicio” en los términos más propicios para su hegemonía: “el declive del militatismo y la atonía ciudadana; los límites y funciones de los Estados y del poder público [...]; el rechazo del conflicto y la reivindicación del consenso como base del buen funcionamiento social; el imperativo de la modernización, siguiendo las pautas de los países occidentales, como condición del progreso; (y) la eficacia y el éxito personal como baremos únicos para evaluar las acciones individuales y colectivas” (J. Vidal-Beneyto). Todo bien lejos del histórico y eficaz ideal que encierra la “capacidad social y colectiva de hacer cosas” (Xerardo Estévez), comenzando por tomar los ámbitos locales como esfera de esa acción comunitaria.

La insuficiencia del actual sistema democrático, acentuada por la globalización económica, la pérdida de credibilidad de los propios

partidos políticos y las fracturas cada vez mayores entre partidos y ciudadanos, e incluso por el rol desempeñado en la estructura del poder por los medios de comunicación, hace crecer la desconfianza y el escepticismo de los ciudadanos en la delegación pública de la voluntad popular. Un paisaje en el que la política aparece como víctima y el mercado y las demagogias populistas o de cualquier otro tipo, como beneficiarios. Lanzarote, con una vida pública minada por la corrupción y la endogamia, constituye un buen ejemplo del alejamiento voluntario de la política, según deja leer el 48% de abstención en las elecciones de 1999. Sin duda, los partidos políticos continúan hoy siendo necesarios, aunque insuficientes para encauzar las inquietudes y la voluntad de la ciudadanía a la hora de participar en los asuntos públicos y para representar sus intereses con independencia y justicia. Pero sabemos al mismo tiempo que la cosa pública no es monopolio del sistema. Por lo tanto, la demanda de mayor participación de la ciudadanía no tiene que ver con la ruptura del Estado, sino con la petición de un Estado más social y democrático que interprete y ejecute con eficiencia el interés público y la soberanía popular y disponga los mecanismos de deliberación y gestión compartida que permitan su consecución. Significa, en última instancia, una reivindicación radical de la política.

Pero guarda también relación con la naturaleza del proceso de toma de decisiones y de configuración del gran espacio de la utilidad pública y el interés general, susceptible de ser moldeado hacia el futuro como un espacio compartido entre Estado y Tercer Sector no lucrativo (asociacionismo) o Estado y ciudadanía organizada –en todo caso, un Estado penetrado por los ciudadanos autónomamente–, bajo el impulso de la cooperación y la corresponsabilidad. En nuestros días, lo político en buena medida está secuestrado por la maquinaria partidaria y corporativa de la política profesional –y por las concepciones autoritarias de la práctica democrática formal–, impidiendo, bajo el pretexto de la representación, la participación, la recuperación de la soberanía de los ciudadanos y la producción de tejido democrático variado. Invertir el modelo liberal de legitimidad democrática, recuperando la ciudadanía activa y el derecho al ejercicio de la política desde la condición de ciudadano, o sea, la socialización de la política, es una tarea urgente. De otro modo, y desde una nueva lectura de la sociedad civil, Marcos lo ha expresado sugerentemente: el objetivo es *ciudadanizar la política*. Y ha precisado alguna dirección de interés: “El revolucionario se plantea: tomo el poder y desde arriba transformo las cosas... El rebelde social organiza a las masas y desde abajo va transformando sin

Vivimos momentos de recorte de libertades públicas y de violencias institucionales de diverso signo bajo la coartada de la persecución del terrorismo

tener que plantearse la cuestión de la toma de poder”. La fortaleza democrática descansa en la capacidad de los ciudadanos para organizarse autónoma y articuladamente para participar sustancialmente en la vida pública. Una organización y articulación que alcanzan su máxima eficacia y su razón de ser en el diálogo y la coparticipación con las administraciones, superando los hábitos reivindicativos, y en la construcción de un tejido de redes abiertas que, desde la proximidad, se asocian en un proyecto de cooperación a través de la incorporación a estructuras reticulares de ámbito supralocal.

La deriva del mundo y las implosiones y explosiones de violencias nuevas y diversas descartan complacencias. Baudrillard ha advertido que “la mundialización liberal culmina en una mundialización policial”. Somos testigos de ese sombrío panorama. Vivimos momentos de recorte de las libertades públicas y de violencias institucionales de diverso signo bajo la coartada de la persecución del terrorismo, mientras se consolida un repugnante clima de imposición ideológica apoyado en binarismos morales de legitimación maniqueos y falaces –eje del bien/eje del mal–. Un salvoconducto retórico que sirve para dar cobertura a la militarización y la regresión tanto del Estado de Derecho como de las conquistas sociales e incluso la quiebra del Derecho y los organismos políticos internacionales (ONU). Y que, sin embargo, se inhibe a la hora de discutir la doctrina de los ataques preventivos promovida por EE.UU., o de frenar el terrorismo de Estado, por ejemplo, la indignidad atroz que Israel está cometiendo con el pueblo palestino, ignorando las resoluciones de Naciones Unidas y los derechos humanos. Pero la secuencia regresiva de la mundialización no está todavía completa. Por desgracia no estamos aún en el peor de los escenarios, pues la lógica del autoritarismo democrático y la obsesión por la seguridad en los países ricos –la polarización de la democracia en el orden público–, es decir, la sublimación refinada del control social y la extorsión de la libertad, tienen su penúltimo peldaño, como apuntaba Bourdieu poco antes de morir, en la generalización del *Estado penitenciario*. ¿Un Exceso? California ya emplea más presupuesto en cárceles que en recursos destinados a gasto universitario, y Brasil gasta en seguridad el 10% de su PIB, el equivalente al PIB de Chile. El desbordamiento de la injusticia hace emerger la violencia y el autoritarismo como gestos mundializados de la barbarie posindustrial. Si hubiera esperanza, sólo desde la refundación ciudadana y solidaria –compleja– de la política sería posible girar el signo de la época.

El desbordamiento de la injusticia hace emerger la violencia y el autoritarismo como gestos mundializados de la barbarie posindustrial